



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 18822

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 8 DE AGOSTO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: A. Dorette, rue Caumartin 16; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

La velada marítima

Ha resultado lo que habíamos dicho en varias ocasiones: la velada marítima iba a ser este año superior a todas cuantas se han celebrado, y así ha sido: lo ha dicho todo el mundo. Por cierto que también todo el mundo ha coincidido en condenar un hecho que produjo unánimes censuras y que burló las esperanzas de muchos que pagaron sillas y tribunas para ver la fiesta con comodidad y tuvieron que verla desde lejos, en peores circunstancias que las que no pagaron. Pero no adelantemos los sucesos, que ya irán apareciendo en el imperfecto relato que nos proponemos hacer.

Era costumbre sancionada desde que apareció por primera vez este festejo en el programa de los de feria, que diera comienzo un par de horas después de la fijada. Hace dos años se anunció para las diez y era ya media noche cuando entró en la zona acotada el primer buque. Y está claro; por más que el movimiento de lanchas es ya un espectáculo y la espera se hace instalados con comodidad, a la orilla del agua, gozando el fresco de la brisa, quien espera desespera; y eso pasaba antes al público: se desesperaba de tal modo, que rompía en protestas y censuras negándose a aceptar la explicación de que eran irremediables las esperas.

Y estaba el público en lo firme. El presidente de la comisión de festejos, D. Francisco Jorquera, ha probado ahora que puede anunciarse la velada para las diez y acabar a las doce de la noche, es decir, cuando antes comenzaba. Bien es verdad que a la caída de la tarde tomó una lancha de vapor, recorrió los puntos donde habían sido armados los barcos, dió per-

sonalmente la orden de que el que a las diez no estuviese iluminado no sería admitido al concurso de premios y el resultado fué como curación hecha por mano de santo.

A las diez de la noche estaba todo preparado, el jurado en su puesto; las lanchas—todas con farolillos de colores—se agrupaban a lo largo de una valla de alambres tendida en el mar acotando un amplio cuadrilátero uno de cuyos lados mayores lo formaba la larga fila de sillas y tribunas situadas a la orilla del muelle; los dependientes de la Comandancia de Marina, montando ligeros esquifes, iban de un lado para otro, siempre vigilantes y atentos para evitar las invasiones en la acotada zona.

Dieron las diez y dispararon un cohete en la palacha del jurado. Era la señal que indicaba el principio de la fiesta, é inmediatamente comenzaron a avanzar los buques que iban a tomar parte en la misma.

—¡Fuego!—se oyó exclamar—Un barco que se quemaba—dijeron muchas voces. Efectivamente, se quemaba un bote cuyo asunto era el escudo de Cartagena y en un instante desaparecieron los lindos transparentes con que lo construyó el renombrado artista señor Requena. Era precioso y fué una lástima que no pudiera verlo bien el público.

Los demás buques siguieron avanzando, unos por Levante y otros por el Sudoeste y á poco, entre bravos, aplausos y música, entraban en la zona acotada un lindo «Automóvil» de D. Salvador Ortúño. Un «Acorazado modernista», que disparaba bombas de colores, del señor Huelgas; una «Alegoría de la música» del mismo señor; un asunto que nosotros lo titularíamos «El verano», compuesto de un botijo, una jarra y un abanico, del señor indicado; un «Palomar» del doctor D. Manuel

Mas; una «Góndola» del Sr. Huelgas; «Un columpio» lindísimo, del señor Selma; «Una vela», de don Alberto Dueto; «Una góndola» del señor Vivanco; «Un lohengrin» de D. Mario Spoltorno; un asunto precioso que representaba una nodriza que llevaba delante, cogida por los ancladores, á una niña que corría tras de una pelota y detrás otras dos, una de las cuales llevaba en la mano un globo sujeto por un hilo. El grupo era de tanto efecto que parecía que las cuatro figuras andaban sobre el agua, y que la pelota rotaba también sobre la misma.

Además de los buques mencionados hubo seis más, entre ellos una linda «Cesta» del señor Huelgas, formando un total de diez y ocho embarcaciones, número extraordinario no visto jamás en ninguna velada marítima.

La fiesta se deslizaba placidamente. Cuarenta mil personas—más bien más que menos—repartidas en el muelle, muralla, castillo de la Concepción y el mismo mar, contemplaban con ojos admirados el ir y venir del automóvil, el volar del columpio, el pasar y reparar del acorazado disparando rubies y esmeraldas que se duplicaban sobre el espejo azul; y en presencia de aquel hermoso cuadro limitado por las líneas de botes, cuyas luces al rielar sobre el agua le formaba un marco de abundante y móvil pedrería, la multitud mostraba su contento con aplausos y gritos.

Mas de pronto se tornó el regocijo en protestas. Los que se encontraban en el extremo Oeste, que habían pagado sus sillas y tribunas para ver la fiesta con comodidad, notaron con asombro que un bote se salía de la fila y avanzaba, siguiéndole los otros. Y al comprender que un movimiento semejante les privaba de un derecho que habían adquirido por dinero, mostraron su disgusto con gritos y

reproches, que se trocaron luego en acerbas censuras al llegar hasta ellos el rumor de que quien había roto la valla, desordenando el espectáculo, ejercía autoridad.

Sensible fué lo sucedido si el rumor es cierto; pues resultaría, si lo fuera, que quien tiene el deber de conservar el orden y de procurar que no se altere, había hecho todo lo contrario.

Aparte este incidente, único que ocurrió en la velada, y que fue remediado al cabo de algún tiempo, la fiesta continuó hasta mediar la noche, volviendo los buques á sus respectivos fondeaderos, no sin que el jurado otorgara antes los premios siguientes:

La «Nodriza», 1.000 pesetas.
El «Automóvil», 750.
«Lohengrin», 625.
«El columpio», 200.
«Una vela», 200.
«El palomar», 1000.

Una góndola del señor Vivanco 100.

Un capricho, de don Fulgencio Baugieg, 100.

Otro capricho, de don Pedro Marques, 100.

Una góndola del señor Torres, 100.

Otra del señor Moreno, 100.

Embarcación de don Mario Spoltorno, 100.

Lo dicho: la velada fué la mejor de todas y como semejante resultado se debe en parte no pequeña al celo y á la actividad del presidente de la comisión de festejos don Francisco Jorquera, le enviamos un aplauso sincero.

Y hasta el año que viene.



La empresa de las corridas de toros se equivocó de un modo lastimoso; si al fijar

el orden pone primero los Ibarra y luego los Muruzas, anagará un llano para ayer.

La empresa no es culpable. Es que los toros, como los melones, nadie sabe lo que llevan dentro hasta que los parten; el que se juzga bueno resulta calabaza y el que se creía pepino sale un excelentísimo melón.

—Estos son los mejores—diría la empresa. Y echó primero al ruedo los Muruzas, que dejaron descontento al cóncilave.

—Estos no lo son tanto—añadiría. Y, efectivamente, los Ibarra fueron unos señores toros.

Hace bastantes años que no se había visto en Cartagena una corrida tan igual como la de ayer y para colmo de incimiento los matadores estuvieron todo lo afortunado que podían estar. Verdad es que los chicos pusieron de su parte una gran dosis de buena voluntad.

Machiquito inició su trabajo con un soberbio quite.

Y ya que hablamos antes del segundo, del primero, sigamos con él.

A su primero le mató de una estocada limpia que hizo innecesaria la puntilla; al segundo le dió una atravesada, terminando con un descabello; al tercero lo echó á rodar de una estocada superior.

El público le concedió la oreja del segundo.

Y vamos con Fuentes.

El nuestro estuvo ayer á la altura de las circunstancias. Se adornó en quites; bregó como él sabe y cada vez que el clarín le anunció que había que matar, empleó una estocada, cada una de las cuales le valió una oreja.

Su tercero le brindó al público, haciendo una faena magistral. Dió el toro su correspondiente estocada, que fué magnífica y lo descabelló á la primera.

El cuarto le parearon los maestros. Macho quebró un par que resultó desigual y caído. Fuentes quiso poner otro en forma idéntica; pero no consiguiendo que se le arrancara el toro, lo clavó de frente.

Los banderilleros cumplieron, sobreculando Pataterillo que es tan buen banderillero como peón de brega. ¡Vaya un capote que me usó el niño para arreglar los toros!

Los piqueros... peor es meneallo. ¡Qué vana me usaban los barbiaues! Dos metros antes de llegar al caballo ya tropezaba en ellas el toro. ¡Y romperlas! No bajaron de seis las que ayer destrozaron.

Al sexto le atravesaron una pica en el morrillo; después le quebraron otra y le

LOS DOS HERMANOS

191

LOS DOS HERMANOS

190

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 187

perencia consumada, y hátele aquí disfrazado de carretero.

Carlos Rigaut tuvo que exhibir su paseaporte en todos los pueblos de alguna consideración que cruzaban, mientras que nadie se acordó siquiera de mirar á Jorge.

Cómo figurarse que fuera el general Castelneau aquel carretero campechano que llevaba la fusta con tanto desenojo y animaba á sus caballos con el más sonoro «birlo» que se hubiese oído hasta mucho tiempo en el «camino real» de Orleans á París.

A tres leguas de París el soldado se separó del general para ir á Ville de Avray para tranquilizar á Bianca, que no había tenido noticia desde la llegada de Gauthier.

Ambos debían reunirse á Jorge después de tres ó cuatro días de descanso.

Jorge llegó á París con su amo José Corbin de oficio carretero, que acostumbraba á parar en los paraderos de la calle de Gruneta, en una especie de posada mixta, cuya fama ha crecido mucho desde entonces, y que se conocía ya con el rótulo de «San Martín el chico».

Allí fue, pues, á parar, como de costumbre.

La herida del brazo se había inflamado un poco en

—¡Mandad, pues!

—Yo soy el general Castelneau.

—¡Es posible, gran Dios!

El pobre hombre, estupefacto, no podía dar crédito á sus oídos.

Jorge continuó:

—Tomadme por criado vuestro, hasta París.

Yo me llamaré Juan, Carlos Rigaut, que es el señor y que nada tiene temer de las autoridades, será uno que hemos encontrado en el camino, y yo guiaré el carro.

—Como gustéis, pero me sabe muy mal veros ocupado en guiar mis caballos.

—Y en eso que perdéis.

—Pasa sea lo que deis, porque mejor que yo sabreis lo que os conviene.

Pero debéis cambiar de traje, porque no tenéis con ese bastante de carretero para que no se conozca que es un militar quien lo lleva.

Hay cabalmente en la maleta lo necesario para ello.

Jorge se echó la brisa y se encañonó uno de esos gorros de cotón de rayas azules y encarnadas, con que los del oficio se mostraban tan campechanos; se armó de una fusta, á que acomodó un caballo con es-

casos á que se entregó el antiguo partido victorioso: la pluma se resistió á describir los rasgos de tan ignominiosos días.

La reacción empezó su carrera, y con ella las persecuciones.

El ejército fué licenciado en 1.º de agosto.

Todos los que á él pertenecían tuvieron que retirarse miserablemente; y casi como fugitivos á sus hogares, para librarse de los furros de las pasiones desencadenadas.

El general Castelneau estaba comprendido en las listas de los proscritos, y no podía pensar en ir á Ville de Avray, donde su presencia hubiera atraído la desolación.

Pero se podía dejar á Bianca ni al resto de su familia en mortal incertidumbre, y fué entonces cuando se decidió á entrar en París, desde donde podía dar noticias de su situación con más facilidad y recibir las también de los que amaba.

—En ninguna parte se está mejor oculto que entre los enemigos mismos, decía para sí, y no es de suponer que les ocurriera perseguirle en la capital.

¡Debió conservarse para su esposa y para su hijo, y tan luego como se decidió á ello, se confió á Rigaut